

POEMA DE AMOR

*A Álvaro Magaña,
quien me incitó
a escribir esta exageración.*

A quienes te digan que nuestro amor es extraordinario
porque ha nacido de circunstancias extraordinarias
diles que precisamente luchamos
para que un amor como el nuestro
(amor entre compañeros de combate)
llegue a ser en El Salvador
el amor más común y corriente,
casi el único.

ROQUE DALTON, *Poemas clandestinos*

Empujo la esmerilada puerta batiente. Ya el Patojo está en la mesa de la esquina, con el pucho de libros, la sucia chamarra de mezclilla y los lentes grasosos. Le digo que le tengo una historia, una superhistoria, se la contaré en exclusiva, para que compruebe que soy un gran amigo, pero él la tiene que escribir y publicar, aprovechando su condición de periodista estrella de la sección cultural del diario.

El mesero se para a mi lado. Pido una cerveza. El Patojo abre los ojos desmesuradamente, pregunta qué me pasa, desde cuándo abandoné el vodka. Le explico que he estado mal de los nervios, de la tensión arterial, tuve que dejar de beber un par de semanas, culpa de una coca putrefacta que me llevó al hospital. Por eso he comenzado a beber con prudencia, me puedo cruzar con tanta pastilla, sobre todo con el Prozac-20, una joyita, tres dólares cada

cápsula, una al día, medicina de rico, Patojo, de noble, la toma la princesa Diana para no deprimirse, de veras, lo leí en un cable, la princesa Diana ingiere una droga antidepresiva llamada Prozac-20, así decía.

El mesero trae mi cerveza y un ron Caribe Oro para el Patojo.

El Prozac-20 debería servirme en vez de la coca, me dijo el médico, Patojo, pero a veces siento que se me pelan los cables. Muy cabrón, en la noche, de repente me despierta un tremendo timbrazo en el oído, puras alucinaciones. Por eso la quiero llevar suave: un par de cervecitas para hacer colchón y después un par de vodkas, pero sólo un par, Patojo, para que no digás, si no no respondo, con esas pastillas en lo mejor del sueño siento que me hablan al oído, como si me asustaran, pero no me da miedo, Patojo, pura ansiedad, y rabia porque después me cuesta volverme a dormir.

Salucita, pues, Patojo.

Es una tragedia shakespeareana, un crimen por celos, el amor que no debió de ser, Patojo, podés escribir una bonita historia, sugerente y provocadora. Le digo que le pida a su jefe de sección unas cuatro páginas en el suplemento dominical, para que se pueda dejar ir con soltura, hasta portada debería conseguir, "La verdadera historia de por qué mataron al poeta Roque Dalton", un artículo para levantar polvo.

Entra un trío de encorbatados; se ubican en la otra esquina. Un tipo solitario está acodado en la barra. El Poeta estaba en La Habana, ansioso por incorporarse a un grupo guerrillero, era un tipo bocón, había hablado hasta la saciedad de la necesidad de la lucha armada, de que el comunismo sería una aspirina del tamaño del sol. Los poetas

son brutos, Patojo. Y éste no se aguantaba las ganas de que lo mataran, el ejemplo del Che Guevara^{ra}, un verdadero cruzado, no como yo, que cruzo el Prozac-20 y esta cervecita, sino como los de la Edad Media.

Esos tipos de la mesa de la esquina están medio raros, le digo al Patojo, han volteado a ver sospechosamente, está muy cabrón, tengo que cuidarme, estoy trabajando un reportaje sobre tráfico de armas, Patojo, mejor si fuéramos pensando en movernos, podemos ir al bar del Sanborns. No es paranoia, Patojo, pero los tipos tienen aspecto de policías, no te parece, el trompudo del saco café sobre todo. Echémonos la otra y nos vamos moviendo. Estoy tranquilo, de veras, pero no me podés negar que esos sujetos tienen algo raro. Debo cuidarme, y vos también después de escribir la historia del Poeta. El tipo que lo mandó matar era su jefe, el Choco le decían, un cafre, le encantaba llegar a La Habana a pilotear aviones Mig-21 y lanchas torpederas, de la misma edad del Poeta, viejos conocidos, un sujeto de cuidado, después de acabar con el Poeta desapareció con varios millones de dólares y se hizo la cirugía plástica, pudiera estar en cualquier lugar, algunos dicen que vive en Australia, otros que aquí en México, peligroso si se diera cuenta que ya sabemos la historia, podría ser cualquiera de esos tipos de la mesa de la esquina, uno no puede confiarse, Patojo, si le ganó la partida al Poeta, que se las llevaba de listo.

Odio esta cantina, le digo al Patojo, vengo sólo porque está cerca de su casa, pero es demasiado pequeña esta cantina, casi no tiene ruido, uno escucha fácilmente lo que habla la gente de al lado, no me gusta esta cantina, los informantes la tienen fácil, como esos tres tipos de la mesa de la

esquina. Pido otra cerveza, con urgencia. El Patojo aún tiene medio trago de ron. Y no dan boquitas, nada para masticar; me parece asqueroso, para lo que cuesta el trago, una miseria de cantina, Patojo, aunque tenga su fama, una verdadera mierda si lo pensás con atención. Pero dejame acabar la historia, necesitás algo bueno para escribir, esas tus entrevistas a escritorzuelos ya aburren. Este era un gran Poeta que por andarse enamorando de la mujer equivocada le quebraron el culo, lo difamaron como agente de la CIA infiltrado en las filas guerrilleras. Lo mataron sus propios camaradas, Patojo, por un supuesto pleito político cuando en verdad lo que había de por medio era un pleito de faldas.

Entra una pareja de mediana edad: él también encorbatado y ella con un traje sastre. Se sientan justo en la mesa ubicada junto a la nuestra. Es el colmo, Patojo, debemos irnos lo antes posible, acabate tu trago, no me gusta el ambiente, lo siento cargado, huele feo, nos quieren cuadrificar. Estoy tranquilo, pero ya no se puede hablar con tanto policía en los alrededores. No son alucinaciones mías, le digo al Patojo, además odio hablar quedito, no puedo, de nada sirve, con los micrófonos direccionales que de seguro portan, prefiero guardar silencio. Le digo al Patojo que no contemple tanto el trago, se le hará pura agua. No es que yo beba con desesperación, traía sed, nada más. Pero dejame seguir. El Choco viajó a La Habana y convenció al Poeta de que regresara a El Salvador para incorporarse al grupo guerrillero comandado por el mismo Choco. Una ganga. El Poeta cumpliría 37 años; el Choco andaba por la misma edad, pero los demás facinerosos eran casi unos mocosos, con otra excepción, la mujer del Choco, la primera

dama del grupo, Lili le decían, una intelectual, poeta y pianista, sensibilidad de artista, una culona, la mujer del Choco, lo mejor del Choco, del mero jefe, como debía de ser.

Termino la cerveza, le hago señas al mesero para que traiga la cuenta y veo una vez más hacia la mesa vecina. Pero mirá cómo figonea este tipo. Impúdico, qué se cree; se aprovecha porque están en una posición insuperable: de espaldas a nosotros, cuchicheando como tortolitos, la pura dulzura. Le digo al Patojo que estos sujetos ya no se miden, el descaro, un abuso. Pero al final de cuentas no me iré antes de tomar un vodka, y esa parejita me puede ir pelando la verga, sin ningún resentimiento. Por eso cuando el mesero viene con la cuenta, antes que levante el envase de mi cerveza, le pido que traiga otro ron Caribe Oro y un vodka tonic y los sume de una vez a la cuenta.

La cuestión es que el Poeta era un tipo viajado, famoso, había pasado largas temporadas en La Habana, Praga, Hanoi, París; se había codeado de tú a tú con las lumbreras del comunismo internacional. ¿Te imaginás a un tipo así en medio de un grupúsculo guerrillero formado por marxistas de folletín, fanáticos y casi adolescentes? El caso es que al Poeta también le encantaban las hembras, traía su fama, el muy joyita, aunque fuera medio enano y enclenque, con una nariz espantosa, se había tirado cantidad de hembras buenísimas, la pura labia, el encanto, la suerte. ¿Ves la trama, Patojo? La tal Lili tenía que caer, rotunda, babeante, piernabierta, ante los encantos del Poeta. Imaginate, Patojo, una tipa sensible, con temperamento artístico, acompañada por el Choco, un militarote de izquierda, tiene que haberse derretido ante un tipo que

ya sonaba como uno de los poetas más importantes de Latinoamérica.

El mesero trae el vodka. Observo el vaso con ansiedad, miedo de que me agarre la corriente, que el Prozac-20 me traicione, pero qué putas. Le digo al Patojo que nos vayamos moviendo luego de zamparnos el trago, que deje de preguntarme sobre el reportaje en que estoy trabajando, que no sea metido, se lo pueda llevar putas por preguntón. Mejor poné atención a la historia del Poeta, Patojo, metele el diente, soltá la imaginación, míralo en aquella vida clandestina en la que uno no puede hacer amigos, ni entablar relaciones que permitan conseguir hembras; ponete en su lugar, acostumbrado a una vida rica en amistades y a la libertad sexual de La Habana, de pronto se vio sumergido en aquellas catacumbas de San Salvador, sin mujeres, sin posibilidades de echarse los tragos de la bohemia que tanto le encantaba; ponete en su lugar, Patojo, no tuvo otra alternativa que fijarse en la Lili, aunque fuera la mujer del jefe, qué putas, si a ella además le entusiasmaba la idea, le encantaba la posibilidad de acostarse con ese sujeto, un tipo fascinante; ponete en los zapatos del Poeta, Patojo, un libertino que había vivido más allá de los convencionalismos que pensaba que la moral era algo aburrido, no lo debe de haber pensado mucho con aquella mujer caliente, ansiosa qué putas, que el Choco se fuera a comer mierda mugroso militarote, la Lili ya estaba harta de él, de su machismo, de su insensibilidad, por eso cuando el Choco y el Poeta se reunían para hablar de la situación mundial, de táctica y estrategia, de las operaciones armadas que realizarían, la Lili metía cada vez más su cuchara, tomando posición a favor del Poeta porque ya no se aguantaba. El Choco y el

Poeta, Patojo, esa es la clave, echándose unos tragos, recordando, discutiendo, luciéndose, esa es la clave, Y la Lili moviéndose, cambiando de polo. Y el Choco quizás comenzó a sentir celos, no por la Lili, ni se lo imaginaba, sino por la eventualidad de que el Poeta con tanta erudición empezara a horadar el poder del Choco dentro del grupo guerrillero. Ya la discusión estaba caliente: el Poeta más interesado en desarrollar un movimiento de masas y el Choco empeinado en la línea militar. Y la Lili cada vez asumía más las posiciones del Poeta, inminente traidora, pero aún a nivel político, ni se le pasaba por la cabeza al Choco que ella se le iría del todo, que el Poeta se la comería enterita, sin miramientos, del meñique al cabello, por eso cuando descubrió la traición en toda su dimensión, los celos del Choco rebasaron cualquier límite, y decidió que había que acabar con el Poeta de inmediato. Pero el Choco tampoco era tonto, ni mencionaría los cuernos que le había encaramado la Lili, sino que todo lo convertiría en política: el Poeta y sus secuaces debían de ser pasados por las armas bajo el cargo de traición.

El mesero trae la nueva cuenta. Le digo al Patojo que el vodka me está cayendo de maravilla. Más clientes han entrado a la cantina, sin que me percatara, por estarle contando la historia al Patojo. Ahora casi todas las mesas están ocupadas. Hora de partir. Zarpemos, Patojo, sin mayor dilación, abruptamente, para que ninguna de esta canalla pueda seguirnos. Pero el Patojo dice que debo de relajarme, no hay ninguna prisa, con el frío espantoso que hará en la calle, que me tranquilice, más bien deberíamos pagar esta cuenta y pedir el último trago, el del estribo. Le digo que estoy tranquilo, que deje de darme consejos, yo sé en lo que

estoy, detesto que tanta gente se haya sentado a mi alrededor sin haberla calibrado, en la jeta se les detecta la cicatriz del informante, de veras, Patojo detecto a los policías a la primera mirada, sin ningún margen de equivocación, se huele, como esta canalla que está en la mesa de atrás. Y le digo que no espere que yo lo vaya a invitar, de ninguna manera, él tiene que pagar estos tragos, o le parece poco la historia que le estoy ofreciendo, una exclusiva mundial, un material que puede utilizar de inmediato, que puede usufructuar como quiera, nada más tiene que imaginarse al Poeta metido en una conspiración que lo rebasaba, el muy ingenuo, leninista utópico, preparado para enfrentar las arremetidas del enemigo, pero nunca esperó que sus propios camaradas lo asesinaran, por traidor, por llevárselas de listo, por quitarle la mujer al Choco.

El Patojo ha sacado su billetera mugrosa. Le dice al mesero que se cobre esta cuenta y que traiga otro ron y otro vodka. Le digo al Patojo que está abusando, ya deberíamos cambiar de cantina, por seguridad, puede que estemos totalmente rodeados de confidentes, sin habernos percatado. Pero qué putas, si se trata de echarnos el último trago, no me voy a rajar. Sólo que ahora pagás vos, dice el Patojo, como si yo estuviera sacando algún provecho de la plática y no fuera él quien se beneficiará de la historia que le estoy contando. Se lo digo con reproche: no seas comemierda, Patojo, agradecé. Dice que el supuesto romance entre el Poeta y la Lili es pura intoxicación, basura, desinformación, que no entiende cómo he podido tomar en serio semejante ripio, me he dejado engañar como un estúpido, probablemente por los mismos que asesinaron al Poeta, quienes ahora se sacan de la manga la historia de la Lili para convertir un

crimen político en una muerte pasional, que lo quiero hacer quedar como un imbécil ante los editores del periódico, de ninguna manera escribirá algo así, un chisme sin ninguna fuente verificable.

No tenés una pizca de sentido trágico, le digo al Patojo; ni una pinche pizca, no comprendés que detrás de cada crimen político se esconde una pasión. ¿Por qué no capturaron a todos los que apoyaban la línea política del Poeta? Explicame. ¿Por qué sólo capturaron al Poeta y a su escolta? ¿Por qué sólo los mataron a ellos dos? Decime, Patojo, insensible, sos tan mula que me deberías invitar a todos los tragos de la semana a cambio de que te enseñe cómo se comporta el espíritu humano. No tenés la puta idea de cómo funcionan las conspiraciones, de cuáles son las motivaciones profundas que se esconden detrás de un crimen político.

El mesero llega con los nuevos tragos y el Patojo se me queda viendo, muy serio, como si de veras creyera que yo voy a pagar, semejante sinvergüenza. Le digo que se apure a cancelar para que podamos cambiar de cantina, ya estoy nervioso con tanto sujeto raro, y la parejita que está a nuestro lado no ha parado de figonear. Vos te hubieras llevado bien con el Poeta, Patojo, igual de ingenuos, de creyentes, de irresponsables. ¿Por qué se dejó capturar, ah? ¿No que era un tipo listo, brillante, alcanzativo? Explicame. Sólo un ingenuo como el Poeta pudo haber caído en la celada que le tendió el Choco. Paradojas de la vida, Patojo: el Choco resultó mejor político, más listo, más zamarrero, con tremendos colmillo y muñeca. Su plan fue sencillo, contundente: convirtió las diferencias políticas con el Poeta en disidencia, luego en conspiración y finalmente en traición. Y lo mandó a ejecutar por eso: por traidor y agente infiltrado de

la CIA. ¿Te parece poco? Un genio el pinche Choco: jamás dejó entrever que la verdadera inquina el real y profundo odio hacia el Poeta, no procedían tanto de las diferencias políticas, ni de una probable competencia por el liderazgo, sino del simple hecho de que el Poeta le había cogido a la Lili. Seguime, Patojo. Te estoy dando la exclusiva de tu vida. Nada más tenés que investigarla y hacer un buen reportaje. ¿Que dónde vas a conseguir fuentes que te confirmen esa versión? A la puta, ¿no querés que también te lo escriba? El Choco era tan vivo que se aprovechó de la inexperiencia de los demás facinerosos del grupo para montar un juicio de opereta, donde un tartamudo al que le asignaron el papel de defensor terminó de hundir al pobre Poeta.

Ahora sí, le digo al Patojo, vayamos a otro lado. Que deje de calentar el trago y se lo beba de un solo. Ya me entró sofoquina: esta cantina es muy encerrada. Salgamos de una vez, rápido, sin tanto aspaviento. Empujo la esmerilada puerta batiente y nos recibe el viento frío de la Avenida Revolución. Bajamos, a toda prisa, hacia el Sanborns de San Angel. El Patojo dice que aunque la historia que le cuento sea cierta, él necesita de fuentes citables. Volteo a ver hacia atrás: ninguna de la canalla que estaba figoneando en la cantina nos sigue. No te puedo decir quién me contó esta historia, Patojo, no seás baboso, un escritor compañero de generación del Poeta, pero timorato, me la reveló ya con bastantes tragos adentro, el tipo se cagaría si supiera que alguien lo relaciona con esta versión de los hechos, es de esos militantes de izquierda que jamás cuestionaría la línea oficial, aunque se trate del crimen de su amigo y compañero de oficio. Me la contó con

la promesa de que yo no la escribiría. ¿Me entendés? Por eso te la estoy contando, para cumplir mi palabra. Vos tenés que escribirla. Telefoneá a San Salvador para ver cómo reaccionan los sujetos que hace 20 años participaron en la conjura contra el Poeta y que ahora son respetables diputados, dirigentes políticos que se creen la pura decencia.

Subimos las escaleras del Sanborns. Me detengo en la venta de tabaco. Le digo al Patojo que el Choco fue tan listo que, a la hora de la conspiración, probablemente ninguno de los facinerosos sabía con exactitud del lío de faldas que estaba detrás de tanta inquina y se tragaron entera la píldora del Choco, quien aprovechó matar dos pájaros de un tiro: al Poeta que le había quitado a la mujer y al grupo de sujetos que cuestionaban su línea militarista, quienes tuvieron que salir en estampida para fundar una nueva organización. Pero a ellos no los iba a asesinar, aunque les tendiera emboscadas; al que no perdonaría era al Poeta, un verdadero imbécil, si lo ves con distancia, un tipo que creía estar en el bando de los buenos, ay sí tú, los comunistas ungidos para convertirse en héroes y mártires de la historia, puras pendejadas, inexplicables en un Poeta que había criticado el estalinismo, que sabía de las purgas y de la mierda que cargaba el comunismo internacional. Pero era un imbécil, acordate Patojo de aquel su verso que decía que la guerrilla era la única organización pura que iba quedando en el mundo de los hombres, cómo no, por bocón, por creer en pajaritos preñados le tocó que esa misma guerrilla lo matara por traidor, por infiltrado, vaya final. Aquí está tu pureza, le han de haber dicho antes de rematarlo.

Vámonos a aquella mesa del fondo, le digo al Patojo. El bar está casi vacío; ningún sospechoso se acerca. La mesera tiene piernas esbeltas, pero demasiada barriga. Pido mi vodka y unos cerillos. He comprado un puro "Te amo", tamaño "toros", mi preferido. Lo que no puedo entender es cómo el Poeta fue capturado tan fácilmente, cómo fue incapaz de percibir la conspiración que el Choco tramaba a su alrededor. Se debe haber enamorado de la tal Lili, el muy mula, le escribía versos apasionados, de esos que después incluyeron en los *Poemas clandestinos*, Poeta más bruto, el zamarro del Choco sin duda encontró los versitos en los que el Poeta hablaba de su "amor extraordinario", ay sí tú. Esto es lo que habría que saber, Patojo, por qué, cómo y dónde se durmió el Poeta, aunque quizá sólo lo sepa el mismo Choco, y nadie más, quizá sólo él tenía el mapa entero, aprovechando la compartimentación que exige la clandestinidad, sólo él tenía todos los hilos. Tan es así que ni siquiera se tuvo que ensuciar las manos disparando. Esta es otra primicia, Patojo, poné atención, el Choco escogió al nene más listo, a aquel que podía en algún momento impugnar semejante decisión, para que ejecutara al Poeta. ¿Me seguís? Enmierdó a quien despuntaba con mayor liderazgo, lo escogió para que cometiera el crimen. Y al pobre nene le tembló el pulso. Oí bien esto Patojo: al nene le tembló el pulso a la hora de disparar y el Poeta no murió con el primer tiro. Entonces el nene dijo que él ya había cumplido la orden, que mejor llevaran al Poeta con un doctor a ver si se salvaba. Pero el Choco estaba ahí para no permitir ningún resquicio, por eso le dijo al nene que dejara de mariconadas y cumpliera la orden, que rematara al Poeta, que un traidor e infiltrado no

podía quedar vivo, y el nene tuvo que volver a disparar, remató al Poeta que yacía herido. ¿Entendés la saña del Choco, Patojo, ves por qué te digo que esta es la verdadera historia, una tragedia shakespeareana? La tenés que escribir, Patojo, ahora que se cumple el 20 aniversario de ese crimen, no podés dejar pasar la oportunidad, al diario le va a interesar. El Poeta es conocido aquí en México. Y en El Salvador el reportaje será una bomba. Te estoy mandando al estrellato, pinche Patojo, y todavía querés que te invite al trago. Sos un ingrato. Voy a ir a mear, mejor, y cuando regrese pensamos en algunas fuentes que te puedan servir. Sólo que debés tener cuidado con el nene que disparó, le digo al Patojo mientras me pongo de pie, porque aún está vivo, y también con el Choco, que puede ser cualquiera. La única moraleja, Patojo, es que uno no debe cogerse a la mujer del jefe por nada del mundo.